

LA ILUSIÓN EN MARÍAS. Reflexiones en torno a Marías, J. (2001).
Breve tratado de la ilusión. Madrid: Alianza Editorial, Col.
Área de conocimiento: Humanidades.

Alfredo Esteve Martín^a

Llama la atención que este “pequeño” libro fuera escrito por un Julián Marías ya maduro (1984) cuando, según nos dice él mismo en el prólogo, llevaba unos veinte años pensando el proyecto. Uno no puede menos que preguntarse por qué. Si tenía intención de escribirlo desde hacía ya tanto tiempo, ¿por qué esperar tanto, por qué no hacerlo cuando surgió inicialmente la idea? Quizá fuera porque para Marías este trabajo era particularmente importante, tanto como para ser precisa su maduración desde una experiencia personal, y que así viera la luz en el momento adecuado. Cuando uno ha vivido ya ciertos años adquiere una sabiduría experiencial que difícilmente se podría haber adquirido de otro modo, sabiduría que dota de cierto conocimiento sobre la vida difícil de explicar, y que a la postre se proyecta sobre su hacer: en el caso de nuestro au-

tor, la filosofía, los libros. Y cada libro se ha de escribir en su momento –“los libros tienen su hora”– y tan contraproducente puede ser escribirlos antes como dejar correr la oportunidad.

Académicamente me atrevo a decir que el presente libro no es uno de los “grandes” de D. Julián. Su valor y su atractivo reside a mi modo de ver en su objeto principal por un lado, y en la relevancia que posee para el autor por el otro. No es la ilusión un tema filosófico más, sino que es un tema especial que hay que tratar debidamente. Y para ello hace falta haber vivido lo suficiente como para poder decir que se posee cierta sensibilidad, cierta experiencia de la ilusión. “Pensar y escribir sobre la ilusión reclama su vivencia adecuada, una intuición de desusada plenitud, un temple que haga posible que las palabras vengan a ponerse en su lugar,

^a Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.
E-mail: alfredo.esteve@ucv.es



al ser llamadas, y hace falta tener voz”. Porque es desde una sabiduría de la vida que uno sabe que sabe, aunque sea de manera un tanto difusa, aunque no se sepa muy bien cómo. Entraría aquí la tarea del filósofo: el que posee una vocación filosófica no puede dejar de reflexionar sobre sus vivencias para hacerse con lo que le inquieta, y que pase a formar parte de uno mismo y no “resbale”.

El libro gira alrededor del papel o la importancia de la ilusión en la vida humana. Y esto entendido no tanto desde un aspecto más o menos epidérmico o cotidiano, sino desde las estructuras humanas más profundas antropológicamente hablando. ¿Puede vivirse una vida humana sin ilusión? La vida está salpicada de continuos sucesos inesperados, de realidades emergentes que nos la hacen más fácil o más complicada; la vida humana es *dramática*, imprevisible, ... A menudo intentamos eliminar este aspecto sorprendente intentando tenerlo todo controlado, atado, previsto; pero al hacerlo suprimimos por una parte ese carácter de emergencia que le es implícito, ese carácter de pasmo e inseguridad que atañe a lo real, a la vez que por el otro mermamos de raíz la posibilidad de una vida ilusionada. Si solo nos ocurre aquello que tenemos previsto, ¿qué espacio queda para la ilusión? “Y esto significa un desplazamiento de la manera normal de proyección en la vida humana”; la imaginación es sustituida por la mera percepción, lo futurizo por lo presente, lo posible por lo previsto. Una vida sin ilusión... ¿es una vida auténtica?

Marías destaca lo poco que se ha reflexionado sobre esta dimensión tan humana. Un buen comienzo sería investigarla. La primera constatación que realiza al autor es que hay un uso de este término patrimonio exclusivo de nuestro idioma. Se puede resumir su análisis lingüístico diciendo que originariamente y para las diferentes lenguas (también la española) la palabra *ilusión* poseía un sentido de apariencia o engaño, incluso de burla. Sin embargo, desde un período históricamente reciente comienza en nuestra lengua a adquirir un significado novedoso y particular: el que se corresponde con un ‘estar ilusionado’, un ‘tener ilusión por algo’. ¿Por qué esta última acepción? ¿Cómo se produce el cambio? Como suele ocurrir, cuando una novedad semántica de este tipo se da, los diccionarios suelen llegar tarde; cuando éstos la reflejan quiere decir que en el lenguaje común –incluso en el artístico– ya era de uso frecuente. Es difícil (por no decir imposible) tener constancia de cuándo comenzó a utilizarse efectivamente en el lenguaje cotidiano; pero artísticamente se pueden encontrar las primeras referencias literarias de la mano de Espronceda (también Zorrilla) a comienzos del siglo XIX, en cuyos poemas se combinan ambos enfoques: el negativo del engaño y la apariencia, y el positivo de algo ilusionante.

En los textos de Espronceda no ocurre solo que se comienza a usar literariamente este sentido positivo de ilusión, sino que aparece unida la idea de cómo influye la actitud del individuo para aprehender la



realidad: cómo una misma realidad puede aparecer hermosa e ilusionante para unos, amarga y angustiosa para otros, en función de cómo se viva. Algo de esto –tal y como pone de manifiesto Marías– aparecía ya en *La vida es sueño* de Calderón, lo cual no pasaría de ser un azar poético si no coincidiera con la reflexión filosófica que comenzaba entonces a tomar cuerpo sobre la ficción, no como huida sino como *forma* de la realidad, descubriendo el “sentido positivo del sueño y la ficción”. Y se pregunta nuestro autor: “¿es azaroso que este aspecto (ya en Calderón) aparezca dos siglos más tarde en la época romántica (Espronceda), para descubrir un nuevo sentido de la palabra ilusión e incorporarlo a la lengua española?”. Y lo que es más importante: ¿qué ha supuesto para los españoles disponer de este uso del vocablo, que permanece desconocido en otras lenguas?

Marías es consciente de que la realidad es siempre interpretada; y que nombrarla es ya interpretación. En consecuencia, la aprehensión de la realidad depende en gran medida de la riqueza intelectual o conceptual: un lenguaje pobre limita nuestra percepción de la realidad, la empobrece. La aparición de este nuevo sentido de la ilusión, ¿no provocaría una nueva vivencia para el individuo español, vivencia que acaso permaneciera desconocida para aquellos en cuyas lenguas no se diera como tal? Desde el momento en que surge en nuestro horizonte vital, brota como posibilidad algo distinto y nuevo: algo ilusionante, algo a lo que se aspira,

quizás de difícil acceso. Y ello posee una repercusión antropológica de gran valor. No por casualidad, a lo largo del texto se percibe cómo nuestro autor va aplicando el concepto de ilusión a las estructuras antropológicas que ya nos diera a conocer década y media antes en su *Antropología metafísica*: mortalidad, vocación, instalación vectorial, condición amorosa...

Inicialmente hablará de la estructura temporal de la ilusión, en correspondencia con la dimensión también temporal de la proyección humana. Si bien la *condición futuriza* del ser humano pertenece a nuestra tradición filosófica, Marías se detiene en ella de manera singular. El ser humano está proyectado hacia el futuro, en forma de anticipación y proyección; la imaginación es así un componente que nos pertenece de modo intrínseco, en tanto que permite no permanecer en una vida meramente reactiva tal y como corresponde a un ser vivo únicamente perceptivo. Es por ello que la ilusión no es algo que se agote en lo presente; no es alegría, entusiasmo, placer... La ilusión puede incluir todo eso, pero es algo más: nos arrastra hacia algo que todavía no existe, es tensión anticipatoria, es irrealidad anunciada gracias a la cual la vida humana es posible.

Este carácter decurrente también le afecta en otro sentido. Si alcanzar una ilusión es una de las experiencias más gratificantes de la vida en tanto que nos permite reconocernos a nosotros mismos en nuestras dimensiones más radicales, la vida no se detiene. Por ello aunque en la ilusión vivida hay un cierto sabor a eternidad, no



deja de haber al tiempo una melancolía ante el imperioso discurrir del tiempo, que inevitablemente nos aboca a la grave cuestión de nuestra mortalidad. La ilusión no pertenece al “ya” sino al “todavía”, porque “el hombre no necesita solo lo que no tiene, sino que *sigue necesitando* lo que tiene”, sobre todo cuando la necesidad incluye a personas. El ser humano se ilusiona no solo por lo que está por llegar sino también por lo que ya llegó, para que perdure.

En este contexto el autor realiza una afirmación —a mi juicio— de una sensibilidad exquisita: “la ilusión es el lado positivo, afirmativo, de esa condición indigente o menesterosa”; gracias a ella podemos ya comenzar a saborear aquello que aún no tenemos. La ilusión nos confronta con nuestra condición humana: nos ayuda a recordar que no lo tenemos todo. Pero no de modo negativo o pesados sino como aquello en que positivamente consistimos: el ser humano es “alguien que solo es *pretendiendo ser*, afirmándose en un sistema de necesidades vitales sin las cuales cesaría de ser él mismo”. Visto esto desde el horizonte de la mortalidad, adquiere un carácter grave y dramático en máxima potencia, adentrándonos en lo auténticamente humano; porque no hay más engaño que intentar eludir (tan característico en nuestra sociedad) nuestro “tener que morir”. Y es que, si el ser humano tiene que morir, “*cada día es único*”.

La ilusión iluminada desde el horizonte último de la vida nos abre inevitablemente a la expectativa de su perduración;

quizá una persona o una sociedad desilusionada lo sea porque haya escamoteado este horizonte de mortalidad, o le haya intentado dar respuesta reduciéndola “al lado de acá de la frontera, sin dejar siquiera al otro lado un signo de interrogación”. No se trata tanto de tener ilusiones cotidianas en la vida —que también— sino de incardinarlas en lo que Marías denomina un *estar ilusionado*, condición antropológica desde la cual *cada ilusión* es posible, fundamentada por lo demás en la *condición amorosa*, condición a la que hay que referir nuestras actitudes, nuestras relaciones personales y nuestro modo de vivir con las cosas.

Desde este “estar ilusionado” se perciben resonancias antropológicas muy interesantes que nos llevan a considerar la *ilusión por uno mismo*, por lo que es nuestro proyecto vital, por nuestra *mismidad*. Porque nuestro carácter futurizo no solo tiene que ver con las cosas entre las que estamos o con las acciones que hagamos, sino que proyectando todos estos quehaceres nos proyectamos a nosotros mismos, nuestra propia realidad: el hombre proyectando se anticipa a sí mismo. La mismidad es nuestro auténtico proyecto, “el proyecto radical que constituye a cada uno, en el cual verdaderamente *consiste*”. No se trata tanto, pues, de “tener ilusiones” como de “vivir ilusionadamente”, pues a la vez que nos ilusionamos con nuestros proyectos vivimos ilusionadamente el proyecto radicalmente vital que somos. La ilusión alcanza así un carácter radicalmente antropológico. Carácter radical que aflora



cuando convergen dos dimensiones: el amor a la realidad (condición amorosa) y la autenticidad del proyecto (mismidad). No toda ilusión comprende un amor auténtico, ni surge de una persona auténtica. No se trata de una satisfacción por lo que uno es sino por lo que, desde lo que uno es, aspira a ser, pretende ser y cree que tiene que ser, aun ignorando lo que es y aquello a lo que quiere llegar a ser.

La ilusión no es algo que está ahí, sino algo que realizamos desde y en nuestra vida. Apurando su análisis lingüístico, Marías nos explica que esa acción no queda reflejada adecuadamente con el verbo *ilusionarse*: ilusionarse tiene que ver más con su origen, con su nacimiento; pero él identifica otro verbo que expresa mejor el correlato vital de la ilusión: *desvivirse*. Llama la atención que ya en el año 1953 escribiera un artículo con este título (“Desvivirse”), lo que da a entender que es éste un tema recurrente en su pensamiento, aunque escasamente haya visto la luz. A diferencia de otros autores que hablan de la vida como preocupación y cuidado, el

español añade toda esa serie de connotaciones que acompañan al desvivirse, “forma suprema del interés”.

Es característico en la filosofía de Marías –a mi juicio– su delicadeza en el trato con lo humano, delicadeza que en esta obra aparece de modo exquisito. Un planteamiento desde el cual la existencia personal aspira a lo máximo, a lo mejor (parafraseando otro conocido trabajo suyo), sin conformarse con medias tintas, sino pidiendo (exigiendo me atrevería a decir) al ser humano todo aquello que es capaz de ofrecer, tanto en beneficio propio como del resto de la sociedad. ¿Es digna una vida vivida sin desvivirse? ¿Es humana una vida sin ilusión? Lejos de Marías cualquier atisbo de ingenuidad, que no de cierta inocencia. Porque el inocente, aun a riesgo de ser un iluso, posee esa “buena fe” que le permite estar volcado auténticamente hacia la realidad, proyectado hacia ella, “sin reservas”. Quizá en esta fuerte apuesta por uno mismo y por la vida se encuentre lo que realmente vale la pena vivir, desviviéndose uno ilusionadamente.



